

CÓMO ENSEÑAR HISTORIA A FINALES DEL SIGLO XIX EN ESPAÑA. EL EPISTOLARIO DE I. RAMÓN MIRÓ

JOSÉ ANTONIO MOLINA GÓMEZ

En el año 1889, dentro de la *Colección Biblioteca del Maestro* editada en Barcelona, el profesor de enseñanza primaria Ignacio Ramón Miró publicó su ensayo *La enseñanza de la Historia en las escuelas*, a modo de cartas dirigidas a su yerno Domingo, también maestro. El autor plantea, amparándose en su experiencia y edad los consejos, actitudes y aptitudes que todo maestro debía tener en cuenta, a su juicio, en la enseñanza de la Historia; escribe con la intención de que sus reflexiones sirvan de guía y de punto de referencia de tipo científico, metodológico y moral a los maestros nacionales.

Desde las primeras líneas resuenan ecos de los clásicos latinos, europeos y españoles. A su modo de entender la historia es desde luego un estudio científico, pero sobre todo, una fuente de moralidad y de buenos ejemplos, en la historia se encuentran: «lecciones que nos enseñan y nos mueven, así á los pueblos como á los individuos, á obrar siempre según la ley divina, la recta razón y la justicia lo exigen» (p. 9). El conocimiento de la historia ha perseguido tradicionalmente el bien del hombre, por ello hay que añadirle el carácter salvífico de la religión cristiana, que permitiría por primera vez una historia de carácter universal, la visión cristiana no discriminaría otros pueblos, sino que haría a todas las gentes «hijos de un común Padre que está en los cielos, y que por lo mismo nos recuerda el deber de amarnos mutuamente como hermanos» (p. 12). Por tanto, la Historia, para ser verdaderamente útil y válida, así en la investigación como en la docencia, habría de ser una historia finalista, presidida por la divinidad, todo lo demás sería caer en el error: «enseñar ó estudiar Historia sin tener en la mano la esplendorosa antorcha de la fe católica es recorrer un intrincado laberinto sin guía alguna» (p. 15). En este sentido el primer y más respetable libro de Historia sería sin duda la Biblia, de cuyo carácter inspirado no cabría dudar. Nuestro autor se basa en la *auctoritas* de Vico y Cantú para exponer la infabilidad y veracidad del texto bíblico, siendo por tanto el inicio de la religiosidad y de la sociedad verdaderas el pueblo hebreo, y su continuación y culminación natural el cristianismo. De igual manera a la naturaleza del hombre le sirve de complemento la perfección de Dios.

La Historia ante todo y sobre todo conduce a la «*higiene del espíritu*» en expresión del mismo I. Ramón, por tanto la primera cosa que debe tender el historiador es a la búsqueda de la verdad, una verdad un tanto abstracta y poco concreta, tanto más cuanto que en la enseñanza de la Historia a tiernas edades si no se debe mentir, sí al menos debe silenciar lo que pudiera ser desagradable y poco decoroso: «Hay verdades que conviene no decir, pudiendo ocurrir que sea nociva á quien la escuche» (p. 22). Puesto que la historia debe fortalecer la virtud y la perseverancia en la fe mediante ejemplos saludables, debe ponerse especial énfasis en las tradiciones y valores de la familia

y de la patria, haciendo oídos sordos a nuevas ideas, que son despreciadas como manifiestas contradicciones, así nuestro autor se escandaliza de las «aventuradas hipótesis», como el evolucionismo, que pudiera llegar a menoscabar el puesto de Dios y poner en su lugar a los primates. Insiste Ramón Miró que la religión debe presidir la ciencia, toda ciencia y no singularmente la historia, por ello atentar contra el dogma, desde este punto de vista, resultaría contracientífico, puesto que la verdadera ciencia sería siempre religiosa. El mundo ideal de I. Ramón está centrado en Dios y la historia es manifestación de su poder creador y redentor, pero no puede negar que algunas nubes de preocupación ensombrecen su horizonte, no menoscaban la majestad divina, pero pueden desviar a los hombres si no les alecciona bien un maestro prudente y temeroso de Dios. Por eso, hay que evitar que teorías retorcidas, no vinculadas al pensamiento tradicional, tengan cabida en la interpretación de la historia y el discurso histórico. Por ello las ideas más socialmente avanzadas son contempladas con mirada desconfiada, se matizan el concepto de progreso, igualdad y libertad. Hay que combatir la falsa idea de *progreso*, no es progreso lo que no viene de Dios, la verdadera progresión es la que lleva a la salvación, Voltaire y las ideas que llevan a la Razón son vistas con estupor, pues menoscaban la influencia de la Iglesia en la sociedad civil y dan a la demostración histórica un sentido plenamente distinto. De igual manera la *libertad* es sólo viable si la dirige la «verdad y la justicia» (p. 71), cristianas naturalmente, mientras que una libertad abandonada al hombre, pronto se convierte en soberbia y acaba produciendo lo que a su juicio son hechos monstruosos y destructivos como la Revolución Francesa. Nuestro autor ataca la libertad de prensa, la de conciencia y la de enseñanza, cuando éstas sirven para desviarse de la doctrina verdadera. En este sentido la *igualdad* no tendría cabida en la historia si se piensa como hecho social, sólo existe la igualdad ante Dios, la única verdadera.

La visión y enseñanza que de la historia ofrece nuestro autor debe ser siempre respetuosa con los sentimientos y tradiciones nacionales y cristianas. El *patriotismo* aparece como una gran virtud que en la enseñanza de la historia se debe incentivar, pero debe evitar el *fanatismo* producto de las luchas políticas, o la *despreocupación* de las cosas sagradas a consecuencia de la soberbia humana. Nótese como en el contexto de una educación de la historia esencialmente moral se recurre a un lugar común muy antiguo, el de la *hybris*, el exceso de la justa medida, que bajo la denominación de *fanatismo* y *despreocupación* sigue desempeñado un papel importante. El maestro, que no está obligado a un gran erudición, debe hacer lo posible por exponer su materia lo más amenamente posible, es significativo el interés de nuestro autor en adoptar además una actitud paternal y moralizante hacia los niños, refleja las ideas de Moyano (1809-1890), uno de los políticos e intelectuales más importantes de los gobiernos decimonónicos españoles.

I. Ramón Miró no expone en ningún momento un pensamiento que podamos llegar a llamar original, ni él mismo quiere en ningún momento convertirse en innovador. Su mejor intención es la de recopilar opiniones autorizadas (que él considera autorizadas en su escala de valores como hombre del siglo XIX español) y proceder así a dar una guía a los profesionales de la enseñanza, menos posibilitados para hacer un análisis detenido sobre la didáctica y la filosofía de la historia.

Precisamente esta falta de originalidad deliberada hace recurrir a citas constantes de otros autores, a veces simplemente eruditas, como cuando se trata de los clásicos, pero que otras veces nos dan la clave del pensamiento que recogió nuestro autor y del que, siquiera indirectamente, habrían de valerse los maestros nacionales. Son interesantes las citas de G.B. Vico y de C. Cantú, dos de los grandes pensadores cristianos. El primero había publicado su obra *Pricipii di una Nuova Scienza* en 1744¹, donde se exponía que el verdadero objeto de la ciencia era la divinidad, ya en derecho o

1 Traducida al francés en 1827 y 1844, al alemán en 1822. La obra de VICO ha sido muy estudiada por B. CROCE:

en religión, el conocimiento humano sería sumamente imperfecto porque sólo se puede conocer aquello que se ha creado: la expresión *verum ipsum factum* queda consagrada por Vico como criterio de verdad, sólo es verdadero aquello que ha sido creado, en esta lógica sólo Dios tiene plena certeza de todo, porque todo lo ha hecho. Esta idea se ajusta a la escasa confianza que otorga nuestro autor a la razón humana si no está asistida por Dios. César Cantú² es otro pensador que concibe la historia orientada por Dios, de esta forma en su *Storia Universale*, que se comenzó a publicar en 1836, rápidamente traducida en Europa, destila una historia nacionalista y ensalzadora de la Iglesia, con una simpatía hacia el Papado que no sólo es manifiesta, sino hasta efusiva. De igual manera una de las autoridades a las que más recurre I. Miró es a Bossuet³, defensor de la fe católica y figura clave del siglo XVII, en cuyos *Discours sur l'histoire universelle*, hechos para la educación del delfín, se plantea la idea de que las verdaderas acciones morales son las únicas queridas por Dios, y que todos los acontecimientos históricos son designios de la Providencia. Por otro lado entre las figuras nacionales nuestro autor cita al padre Mariana, a Balmes y a Donoso Cortés. También Mariana⁴, uno de los grandes hitos historiográficos del siglo XVI español y que demostró preocupación por los pobres y los necesitados, así por el hecho de que las instituciones procuraran siempre el mayor bien posible a toda la comunidad, veía en la sociedad humana la autoría de Dios. Es interesante constatar como la obra del padre Mariana era reivindicada por el tradicionalismo español, pero también servía de inspiración a Pí y Margall, presidente de la I República española y traductor de Proudhon. Donoso Cortés y Balmes son los pensadores más representativos de la corte isabelina, ambos trabajaron infructuosamente para reconciliar a isabelinos y carlistas, y ambos tuvieron incompatibilidades con el gobierno del general Espartero. Donoso Cortés⁵ defendía para la Iglesia un importante protagonismo en la vida política del país, pero era más influyente el pensamiento de Jaime Luciano Balmes, activo crítico del protestantismo como Bossuet, creía que el cristianismo y la Iglesia representaban el verdadero progreso, siendo las demás ideas extravío y desviación. Ramón Miró cita literalmente a Balmes en numerosas ocasiones y toma numerosas ideas para el puro análisis sobre la veracidad de hechos históricos y el estudio crítico de fuentes y testimonios (pp. 113-120)⁶. Todas estas autoridades sirven para que nuestro autor pueda resguardarse de esas otras ideas que amenazan con ensombrecer su plácido horizonte, esas opiniones que apuntan hacia ideas disolventes de la antigua tradición, amplia y vagamente calificadas de «*materialistas*», y entre las que se encuentran la sombra de Voltaire, el relativamente joven evolucionismo (la obra de Ch. Darwin *On the origin of the species* se publicó en 1859) y las ideas de carácter

Bibliografía vichiana, Bari, 1904, con suplementos, y así como otros estudios más amplios. En España BALMES, una de las autoridades más citadas por I. RAMÓN MIRÓ, hace profundas consideraciones en torno a la filosofía de VICO en su obra *Filosofía Fundamental*, de cuatro volúmenes, publicada en 1876, con traducciones al alemán y al inglés en 1861 y 1864 respectivamente.

2 Fueron numerosos sus estudios sobre historia y literatura italiana, desde su visión partidaria de la unificación y de la Iglesia, así también obras moralizantes.

3 Una interesante visión de este pensador y su época nos ofrece P. HAZARD en *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Madrid, 1988, pp. 168 y ss., versión española de *La crise de conscience européenne 1680-1715*, Librairie Arthème Fayard, 1961.

4 Su obra maestra fue *Historia General de España*, Toledo, 1601. PÍ Y MARGALL le dedicó su obra *JUAN DE MARIANA, breves apuntes sobre su vida y escritos*, Madrid, 1888; hay que señalar la obra de J. COSTA *Colectivismo agrario en España: Doctrinas y hechos*, Madrid, 1898.

5 Defendió sus ideas en la prensa de la época, y además en Madrid, durante el año 1855, se publicaron sus obras completas.

6 Con citas de la obra de BALMES *El Criterio*, traducido al francés y al inglés en 1875 y muy alabado por Menéndez y Pelayo.

social como las de Guizot en Francia, hacia las que I. Ramón Miró profesa una incontenente aversión y que le ocasionan el temor de puedan acabar con la pureza de mentes y espíritus juveniles e infantiles, si bien no se contemplan con excesiva preocupación, porque las condiciones que han permitido que en España los sentimientos tradicionalistas fueran vigorosos han durado hasta bien entrado el siglo XX. La obra de Ramón Miró presenta un ideario tradicional, nacionalista y católico, sin atisbos de novedad que se aferra con firmeza a aquellos criterios afines que proyectan más seguridad y desde los cuales pueda defenderse de los nuevos vientos que traen ideas extrañas.